

Sorteando toda clase de dificultades pudimos ganar la llanura, y aunque pisábamos continuamente sobre la nieve, no sentíamos el frío. El sol calentaba tanto en el valle, que Wengersgaard y yo estábamos sudando, aunque nos habíamos quitado la americana; los indios parecían ser insensibles tanto al frío como al calor, y ni una sola gota de sudor pude ver en sus achatados rostros matizados de rojo obscuro, aunque llevaban sus grandes mantas de guanaco á la espalda, encima de los trajes europeos que les hicimos poner para el viaje. El buen tiempo duró poco, sin embargo.

Seguimos el curso de un río que desemboca en el lago de Fagnano, y que en lengua ona lleva el nombre de Henneshiki. Este río sufre en su curso frecuentes y notables desviaciones; de modo que durante el transcurso del día nos vimos obligados á pasarlo y repasarlo lo menos diez veces. Hacíase paulatinamente más ancho, aumentando sin cesar su caudal pequeños afluyentes, de modo que cada vez era menos agradable tener que vadearlo, pues sus aguas estaban frías como el hielo.

Los bosques inmediatos tenían allí un aspecto muy distinto del que presentaban en la parte meridional de la cordillera.

Las hermosas hayas, siempre verdes, habían desaparecido por completo. Los únicos árboles que abundaban, de la especie *fagus antartica*, extendían sus ramas deshojadas, cubiertas de largos pinchos, y daban al bosque un aspecto invernal, aumentado por la llovizna y el cielo tempestuoso y obscuro.

Estábamos rendidos y acampamos al obscurecer en la ribera del Henneshiki; encendimos una gran hoguera delante de la cual nos calentamos mientras hervía el té:

el vapor de agua salía de nuestras ropas empapadas formando densas nubecillas.

Al día siguiente continuamos el viaje siguiendo el curso del río que, después de hundirse en un barranco, se desviaba para atravesar una región agreste, sembrada de colinas rocosas que se extendían hacia el lago de Fagnano. Allí, el camino construído por los hermanos Bridges, deja el curso del río y se dirige en línea recta hasta el pie de la montaña aislada, que se encuentra en el extremo sudeste del lago de Fagnano, y que ha sido designado por los onas con el nombre de «Herbopen».

Los indios nos indicaron, por señas, que debíamos dejar el camino y tomar rumbo hacia el norte, á través del bosque. Sólo entonces, durante la pesada marcha que siguió á través de un suelo pedregoso, lleno de troncos caídos, juncos y montones de tierra, comprendimos la importancia del camino limpio que habíamos seguido.

A las seis y media de la tarde llegamos á una hermosa laguna de la orilla del Fagnano. Modesto me mostró inmediatamente, con visible alegría, el bote con las provisiones, colgado cuidadosamente entre dos árboles, tal como lo había prescrito á los indios que lo colocaran, y que no omitieron un detalle de su cometido.

Los tres días siguientes se destinaron á las exploraciones zoológicas, que formaban el principal objeto de este viaje. Wengersgaard y yo nos dirigimos al lago, embarcándonos en el pequeño bote de lona, para hacer dragajes y pescar en las capas superiores del agua.

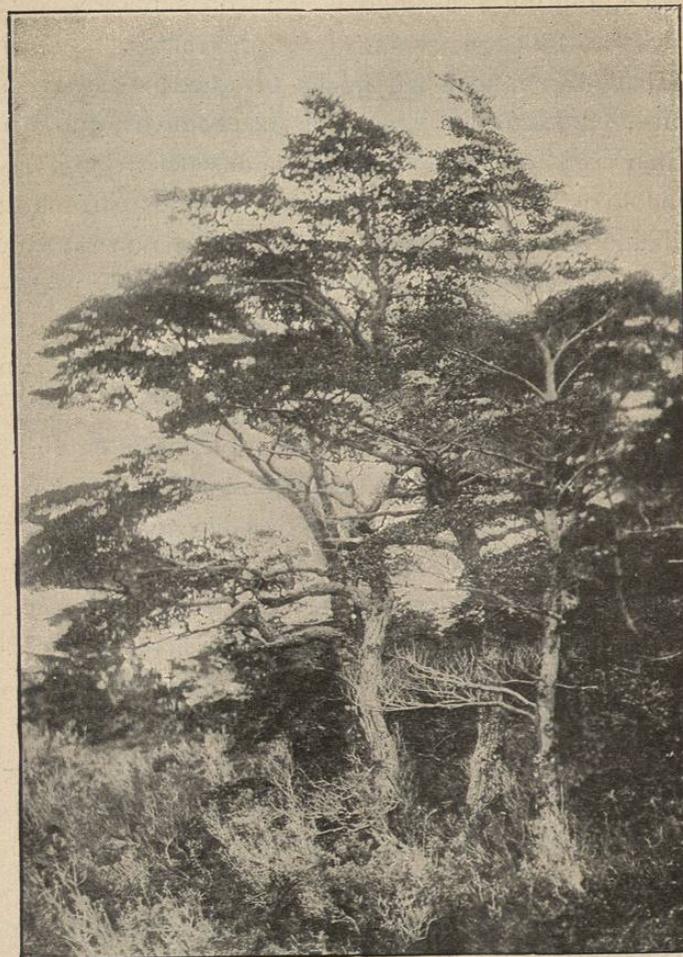
Los dos indios, desde su salida de Harberton habían comenzado á sentir los primeros síntomas de la *influenza*, que entonces diezaba á los habitantes del país sin distinción de razas. El vadeo de los ríos fríos como el

hielo, el persistente contacto de las mantas de guanaco empapadas en agua y las marchas forzadas con un pesado equipo, empeoró naturalmente su estado. Los dejé, pues, en el campamento del lago de Fagnano para que con toda tranquilidad pudieran restablecerse antes del regreso. Anikin era el que estaba peor, y le di el medicamento más apropiado que tenía á mano: sulfato de quina. Después de haberlo tomado algunas veces, me indicó por señas que sentía algo inusitado en los oídos, lo que, como puede suponerse, era debido á exceso en las dosis de quinina. Le di á entender que para que desapareciese todo bastaría con que dejase de tomar esta medicina; pero Anikin no quedó muy conforme con esta sola medida, y él mismo dispuso una contracura indígena para combatir esta nueva dolencia; así, cuando me separé de él, llamó á su compañero y presencié la más extraña operación terapéutica que pude imaginar.

Tendióse Anikin de costado en el suelo, y Modesto comenzó á frotarle con los pies desnudos el pabellón de la oreja. Entonces recordé que los onas emplean á menudo el masaje con los pies para curar toda clase de enfermedades, aunque, á decir verdad, me pareció muy original que este tratamiento se emplease también contra los zumbidos en las orejas. Con todo, Anikin curó de su dolencia, y el feliz resultado aumentó seguramente su fe en los anticuados procedimientos curativos.

Quería dedicar el último día de nuestra estancia en el lago de Fagnano á la exploración de la montaña de Heohopen, situada en el límite de los bosques, desde cuya cumbre podría disfrutar una vista extensa y despejada de todo el contorno, para completar el mapa del territorio que habíamos recorrido.

El día 13 por la mañana, cuando me disponía á realizar este viaje, habían empeorado los indios en su dolencia,



Haya de verdor perenne (*Fagus betuloides*).

cia, y decidí emprender la marcha con la sola compañía de Wenersgaard. Pero cuando los guías nos vieron preparados para dejar el campamento, llevándonos la

carabina y las pistolas Maüser, demostraron vivamente su inquietud. Señalamos entonces hacia el interior del bosque, murmurando algo como: «onas malos», para indicarles que necesitábamos estar prevenidos.

Evidentemente tenían miedo de quedarse solos sin armas, expuestos á un ataque de sus enemigos, que bien podían presentarse durante nuestra ausencia. Comprendiéndolo así, les dejé la carabina y algunos cartuchos, brillando entonces de nuevo en sus rostros un rayo de contento. Completamente tranquilos, se acostaron después para descansar al lado de la hoguera.

Efectuamos la ascensión á la montaña de Heohopen con un tiempo hermoso y despejado: desde la cima pude disfrutar del más vasto panorama que hasta entonces había visto, hacia el oeste, dominando la mayor parte del lago de Fagnano, cuya longitud es de cien kilómetros. En dirección al sur y sudoeste, divisábase la parte septentrional de la cordillera de la Tierra del Fuego, y hacia el este y norte llanuras interminables. En la misma dirección podía distinguirse, cerrando el horizonte, el Océano Atlántico, cuyas formidables olas, miradas á tal distancia con el anteojo de larga vista, parecían blancas fajas inmóviles. De entre el bosque inmediato y en dos distintos puntos, elevábase el humo de las hogueras que hacían los indios.

Contado número de viajeros, y quizá ninguno como yo, ha visto, en un día tan despejado como aquel, todos los detalles y accidentes topográficos de la Tierra del Fuego en tan vasta extensión.

El día siguiente, que era el 14 de octubre, por la mañana, emprendimos todos el camino de regreso, y después de una marcha de dos días y medio, arribamos otra vez

á Harberton. De este viaje de retorno citaré tan sólo un curioso pasaje del último día de nuestra marcha, entre la cordillera y el canal de Beagle.

Durante nuestro viaje de ida no habíamos llegado á tocar de cerca los resultados producidos por el derretimiento de la nieve. Conforme adelantaba la primavera inundábanse más y más los terrenos bajos, poniéndose los caminos intransitables. Resultaba, además, que la operación de vadear las muchas curvas del río Henuen era más difícil que á la ida. Mas nos aguardaba una verdadera sorpresa al atravesar el río Varela. Estaba verdaderamente «enfadado» entonces, como decían los indios. Todo rastro de hielo, sobre el cual habíamos antes caminado cómodamente, había entonces desaparecido. La corriente fluía caudalosa, con fuerza creciente, entre las quebradas y pedregosas orillas.

Me pareció imposible poder vadear el río sin exponerme á ser arrastrado por la corriente rápida y vertiginosa. Escogí, pues, una vieja haya de bastante diámetro que se inclinaba hacia el río y empecé á descargar hachazos en su base con objeto de derribarla para que, al caer, nos sirviera de balsa.

Mas los indios, que seguramente eran más prácticos que yo en vadear los ríos de la Tierra del Fuego, no coincidieron con mi plan. Cargáronse el equipo sobre sus espaldas y con un largo palo en la diestra se metieron decididamente en el agua. Anikin, que era el más fuerte, se colocó á la derecha para servir de apoyo á Modesto en caso necesario. Despacio y demostrando suma habilidad, tanteaban el vado para poner el pie sobre las piedras del lecho del río, adelantando hasta que el agua les llegó á la cintura en el remolino más vertiginoso de la

corriente. Dos veces tuvieron que retroceder, pero, por fin, dieron con el punto de vado. Una vez que dejaron su impedimenta en la orilla opuesta, regresaron para recoger nuestras mochilas.

Mientras llevaban á cabo estas faenas, meditaba yo seriamente sobre el procedimiento de los indios, porque, si después de tanta ida y venida, resultaba que luego nosotros teníamos que vadear el río tras ellos, dudaba de que, tanto Wenersgaard como yo, lo consiguiésemos sin habernos ejercitado en tan peligroso *sport*.

Pero volvieron los indios de nuevo y nos cargaron tranquilamente sobre sus espaldas como si fuera la cosa más fácil del mundo. Anikin se encargó de transportarme á mí y Modesto á Wenersgaard. Penetraron en el agua con todo género de precauciones, pero cuando me vi sobre las espaldas de Anikin, me asaltó una sospecha poco tranquilizadora al observar los espumosos torbellinos de agua, aunque no tardé en, rechazarla, al ver la seguridad con que avanzaba mi indio, y me ocupé solamente de guardar bien el equilibrio. Después de salvar la parte más peligrosa, siguió la marcha con paso más firme y seguro, y pronto llegamos felizmente á la orilla opuesta.

Cuando, algunos momentos después, me encontré sentado delante de un buen fuego de troncos chispeantes, en torno del cual los indios procuraban secar sus ropas, no pude menos de mirarlos, no tan sólo con agradecimiento, sino también con cierta envidia y vergüenza. No disfrutaban los indios de tan buena salud como nosotros; temblaban, no sólo de frío, después del baño de agua helada que se habían dado, sino de fiebre, que se les había aumentado durante la larga marcha.

Estos eran, pues, los salvajes que los hombres civilizados habían cazado como animales dañinos y peligrosos. Basta tratarles con amabilidad para que soporten el trabajo más rudo sin protesta, estando siempre dispuestos á prestar todo género de servicios por pesados que sean.

Podrían escribirse páginas verdaderamente crueles narrando las innumerables injusticias de que son víctimas los pobres indios de la Tierra del Fuego, por parte de los hombres civilizados. Pero, ¿qué precedentes hay en la historia de las civilizaciones, para que los onas sean tratados de otra manera? Así está estatuido, y no hay que desaprobar el exterminio de las razas salvajes, que procuran defender su país natal contra la usurpación de los blancos, pues al fin y á la postre ocuparán estos todos los países del mundo.

El viaje al lago de Fagnano dió por resultado multitud de observaciones geológicas y topográficas para la confección de mapas y algunas conclusiones prácticas, que resultarán de suma utilidad para el próximo viaje á la Tierra del Fuego, que estoy ahora proyectando. En cuanto á las colecciones hechas durante nuestra expedición, fueron almacenadas en el «Antártico», y en su viaje al sur se perdieron con él.

También fué víctima de las peripecias ocurridas entre el hielo, durante el invierno sudpolar, mi compañero de exploración, el joven marino noruego Ole Wenersgaard, cuyos restos yacen en la isla de Paulet, en medio de las tempestades en invierno, y del ruido de innumerables grupos de pájaros bobos en los días del verano.

Cuando mi pensamiento á veces retrocede á los bosques vírgenes de la Tierra del Fuego, no puedo menos de recrearme en variados recuerdos.

Cierta noche nos encontramos alrededor de la hoguera mientras se estaba haciendo la comida. Modesto y Wengersgaard se ocupaban en avivar el fuego, haciéndose preguntas en sus idiomas respectivos, resultando la escena más cómica que imaginarse puede, pues mientras uno hablaba en castizo sueco, el otro le contestaba con largas retahilas en su extraño y pobre lenguaje. Así estuvieron un rato luchando por entenderse, hasta que la destemplada risa del indio hizo coro á la del joven noruego, dándose por vencidos en su lección bilingüe.



CAPITULO IX

Hacia el sur.—Nuevas exploraciones

MIENTRAS yo trabajaba en exploraciones de historia natural en el lago de Fagnano y en la región de Harberton, estaba el «Antártico» en Ushuaia equipándose para el viaje de verano al mar Glacial del Sur.

La tripulación se entregó durante todo este tiempo al trabajo de reposición de las distintas partes del buque. Procedióse á la limpieza de fondos, pues las algas y los pequeños infusorios marinos habían hecho que disminuyese considerablemente la velocidad del buque. Se cosieron nuevas velas, se restauró parte de su arboladura, etc., y por último se embarcó el importante stock de provisiones (harina, patatas, azúcar, café, etc.), así como las toneladas de carbón que regalaba á la expedición el Estado argentino, y que llegaron á bordo del buque almacén de esta nación «El Tiempo».

El día 30 de octubre llegó el «Antártico» á Harberton